

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

El vulgar y repulsivo crimen de la calle de Fuencarral no ha dado — digan lo que digan los periódicos — mucho juego. La curiosidad se ha limitado á cierto círculo, y apenas ha rebasado de las esferas á que pertenecía Cecilia. Si la prensa no consagra tanto espacio á esta información, infinitamente menor hubiese sido el interés por ella despertado. Ni aun como caso patológico y problema de medicina legal ha preocupado á los que de tales asuntos suelen y pueden preocuparse, porque á no reconocer que es un caso cada persona, criminal ó no, en la reo, ya hoy sentenciada á muerte, no se ha logrado ver sino la afirmación de los más comunes y bajos instintos.

¿Decaerán hasta los criminales? Porque al lado de Cecilia, la figura de su antecesora Higinia aparece revestida de algo que no debo llamar *poesía*, pero que seguramente era *distinción*, dentro del tipo criminal. Aquella mujer del pueblo, en cuyo rostro de líneas esculturalmente acusadas se leía la firmeza de carácter, cuyo ceño tenía la trágica severidad de la Melpómene griega, cuya mano era fina y sobre cuyo cuerpo la humilde ropa se plegaba en pliegues grandiosos, se diferenciaba de Cecilia Aznar como una estatua se diferencia de un grosero santo de yeso embadurnado de ocre. Cecilia es *material*; Higinia era tal vez *perversa*. Cuando la agarraron, dijéronme personas acaso bien informadas que se llevaba á su despreciada é ignominiosa sepultura un secreto ajeno, la clave de otra existencia, á la cual inmolaba la suya, con tenacidad propia de la raza á que pertenecía. Fuese ó no cierto, Higinia murió bien, con entereza, con calma. Había en su ser algo no vulgar, superior á su historia entera, á sus hechos. ¿No es cierto que el caso puede darse? Hay hombres y mujeres que valen más que su destino y que sus actos. La relación entre lo pensado, lo sentido y lo hecho, no es siempre lógica: ¡la lógica falta de tal manera, en tantas cuestiones de la vida! Pero al menos, en el crimen de Higinia se hallan elementos dramáticos, que faltan del todo en el de Cecilia, el cual, descartada la brutal violencia de la homicida agresión, es un robo doméstico, igual á los muchos que diariamente se cometen en Madrid.

El Carnaval, á pesar del tiempo espléndido, no se anuncia muy animado en la calle ni en los salones. La enfermedad de la archiduquesa hace que se suspendan las fiestas anunciadas; lo caro de los permisos de circulación, cada año recargados, acaso retraiga á alguna gente del Retiro. Ni es fácil que aquí se decidan muchos á adornar coches como en Niza, para ver que turbas de desarrapados arrancan las guirnalda y las flores, sin que la policía se crea en el caso de intervenir. Las costumbres no favorecen á este género de diversión: hay escasez de suavidad, de tolerancia, de respeto, en las relaciones públicas; falta hasta el instinto de simpatía hacia lo bonito y lo adornado, que en Francia es tan poderoso, y aunque siempre habrá personas de buen humor que engalanen sus coches, otras lo dejarán por no trabajar para entretener á la golfería.

Y no digamos nada de lo que atraen las agradables serpentinatas, que primero se prohibieron y se permitieron después, con esa inestabilidad de criterio de la autoridad que es una de las causas de su desprestigio. — No sé si en otras partes del mundo las serpentinatas se lanzan del mismo modo que aquí; se me figura que la mitad del peligro de las serpentinatas se quitaría desenrollándolas bien antes de lanzarlas; pero como las arrojan enteras, son un proyectil tan temible como una piedra, y subir al Retiro ó á la Castellana es emular el suplicio, y no los merecimientos, de San Esteban protomártir.

Lo más peligroso es cruzar ante las tribunas de las Sociedades elegantes — Casino, Gran Peña, verbigracia. — Están llenas de señores *bien*, como hoy bárbaramente se dice, y estos señores *bien* apedrean mejor. Cestos atestados de serpentinatas se vacían al paso de un coche, entre risas y algarazas. Como no hay tiempo de desenrollarlas, las disparan enteras. ¡Pif! ¡Paf! Y allá va el sombrero apabullado, y allá va la cara, golpeada ferozmente; allá va, tal vez, el labio roto, el diente menos, la magulladura en la sien, el ojo vaciado. La tarde de máscaras termina en la Casa de Socorro. Ameno final.

El duque de Tetuán, una de las personas más formales, simpáticas y dignas de la plana mayor política, ha muerto. Su muerte revistió una especie de grandeza, por la serenidad con que la vio llegar y la arrostró. Hasta el último instante, entre sufrimientos, ¡quién sabe si entre terrores! (pero nadie lo puede afirmar), el duque de Tetuán permaneció tranquilo, igual de ánimo, conversando, despidiéndose de todos, como se despiden una persona de tan escogida educación al emprender largo viaje. Era el duque alto, derecho, muy miope, de buena presencia todavía, á pesar del estrago de la edad. Su trato, entre grave y festivo, y sobre todo igual, consecuente; con las damas, galante y correcto. Lo ceñudo y árido de la vejez en él no se advertía; sin ser un viejo verde, cultivando la dignidad que los años llevan consigo; jamás le oí quejarse de ellos; su humor franco y alegre atraía. Políticamente era respetado, aunque no tuviese grandes probabilidades de llegar con su grupo de leales *Caballeros del Santo Sepulcro* á los consejos de la corona. Tampoco él manifestaba impaciencias ni inquietudes; ocupaba su lugar, y no reclamaba las ollas de Egipto de la *Gaceta*. Ahora los suyos se desbandan. Irán á sumarse á quien más les conviniere; irán á los cuatro puntos del horizonte. Esto, que se oye decir sin que nadie se asombre, califica el estado de nuestra política. El duque de Tetuán, rodeado de su grupo, no era sino el duque de Tetuán, sucesor de Cánovas del Castillo, que en este sentido tampoco venía á ser más que Cánovas del Castillo. Muy eminentísimo Cánovas; muy respetable y muy serio Tetuán..., pero ¿y las ideas, los programas, los fines, lo objetivo de la política, no son también algo grande, serio? Al afiliarse entre los adictos á un hombre público, ¿nada influyen, nada pesan estas consideraciones?

Y me detengo, por no incurrir en candidez imperdonable, ya que no la origina la juventud ni la explícita la inexperiencia. Este aspecto de la mecánica política es un fenómeno que dice á las claras muchas cosas. Los políticos cambian de grupo lo mismo que cambiarían de casa si en la que habitan no entrase el sol ó hubiese una viga en falso. Y no lo extraña nadie.

Entretanto borbotean y humean las huelgas por toda la Península. En mi pueblo, especialmente, la huelga toma proporciones; las mujeres, en Galicia siempre tan resueltas como el hombre, por no decir más, son quienes la fomentan. El odioso impuesto de consumos ha sido la chispa que prendió la hoguera. Realmente ese impuesto, no tanto por lo que grava como por los abusos á su sombra cometidos, es demasiado antipático. Ahora recarga la sardina, el *compango* del pobre, en una población como la Coruña, donde las subsistencias están más caras que en Madrid; y á esta última vuelta de tornillo deja sin respiración á los que ignoran completamente cuál es el gusto y sabor de la carne, á los que se mantienen de sardina salada ó fresca; y ha estallado la huelga de pescaderías, huelga pintoresca, agitada, viva, con algo del tempestuoso movimiento del Cantábrico.

Unidas y concertadas, resolvieron no comprar pescado alguno; ni raspa siquiera. Como que las exigencias de la báscula de consumos igualan ó superan al coste intrínseco del pescado. La sardina fué enviada directamente á las fábricas de salazón; el besugo, al tren; en la población no entró nada. Un pobre diablo que había salido á pescar pececillos, los arrojó al mar por no satisfacer el aforo. Al-

gunas disidentes quisieron introducir varios cestos de sardina. Su mercancía fué precipitada al mar. Y en esto sí que censuro á las autoridades que tal permiten. El derecho al trabajo y al tráfico me parece tan claro como el derecho á la huelga: la autoridad debe proteger á los que quieren vender el fruto de su labor.

Al punto, en esta clase de agitaciones y turbulencias que se derivan de conflictos económicos y que no son tan modernas como se suele creer (recuérdese que la revolución inglesa principió por un impuesto y la francesa por acaparamiento de trigos), surgen los jefes y tribunos populares; pero en este caso no son tribunos, son *tribunas*, semejantes en todo á la que yo describí en una novela que traduce con fidelidad suma el ambiente y el colorido de los barrios obreros de Marinada. La *tribuna* de ahora es una muchacha pescadera, que rompió á hablar con fluencia, en estilo pintoresco y persuasivo, denunciando los abusos, revelando las interioridades de la báscula y del aforo, contando la historia de la pobreza y la diaria conquista del pan. Desde el momento en que apareció á la cabeza del motín esta hembra (en Galicia no es ningún caso extraño, desde los tiempos de Maricastaña, la cual era una agitadora de la Edad Media, y alborotó al pueblo de Lugo), se organizó el *paro general*, rápidamente. Cerráronse los talleres, suspendiéronse las obras, se detuvo el trabajo en las fábricas, los cajistas se negaron á trabajar en las imprentas, las embarcaciones no se hicieron á la mar, hasta los cafés carecieron de mozos... ¡Una ciudad sin cafés! ¡El café, el vicio nacional, más nacional que la torería!

Las últimas noticias son que ya han vuelto al trabajo, excepto los pescaderos, que mantienen su protesta. Claro es que tales estados no se prolongan mucho. Son como las altas temperaturas: si se prolongasen, no lo soportaría el organismo. Pero su repetición, su frecuencia, denuncian la intensidad del malestar que los produce. Es el malestar de la desproporción entre los medios para vivir y las exacciones, origen de la carestía. ¡Hay que comer! El fisco, por lo visto, lo ignora.

Aquí la Hacienda y el Municipio no son sino *publicanismo*. Exprimir, retorcer, sacar el redañón, desollar... Y lo demás — como dicen en cierta piecicilla — es lo de menos.

EMILIA PARDO BAZÁN.